

y el hemisferio subjetivo imaginándole desprovisto de toda objetivación viviente ó no viviente.

¿Qué puede hacer el hombre en este cuadro de su vida que se presenta ante sus ojos? Puede vivir en tres sentidos diferentes: 1.º en RELACIÓN con lo que le rodea, viviente ó no viviente; 2.º en RELACIÓN consigo mismo, y 3.º en RELACIÓN con el hemisferio subjetivo, considerándole como persistente en su obstinada negación objetiva, aun después de amplificado con el auxilio de esa vida, que le llena desde el centro donde se para instantáneamente, hasta todos los ámbitos de las circunferencias correlativas. Siempre en RELACIÓN. El hombre puede en suma, relacionarse libremente y de la manera que se le antoje, comenzando por relacionarse con el límite de lo vedado á la humana comprensión.

¿Qué debo hacer? He aquí otro sentimiento imprescindible, tan imprescindible que cualquier hombre le experimenta en cuanto oye un solo instante la voz de la conciencia; tan axiomático como que los filósofos se le han propuesto para *punto de partida*, y nadie se excusa de tal punto, hágalo ó no conscientemente.

También contesta el pensamiento unánime que lo que debe hacerse es el BIEN, y así lo proclamó Sócrates.

La vida puede llevar al bien ó al mal; pero debe llevar á algo, y este algo á que debe llevar es el bien.

Hállanse en este punto fundamental acordes todos los hombres, como lo están en los demás á que vamos procurando contestar. En lo que difieren los pensantes es: en interpretar la aspiración al bien circunscribiéndole á la función personal de vivir; ó interpretarla en el más amplio sentido de función común á todas las *personas* posibles, á todos los seres vivientes que pueblan el Universo. Mas la segunda interpretación es la única que puede admitir el propio sentido común.

Lo que el hombre de buen sentido entiende que debe hacer ante todo, es el bien general, el bien que flota sobre todos los vivientes, desde las excelsas alturas donde se alberga la *Bondad suprema*.

¿Qué puedo esperar? El que hace el bien puede esperar el bien, en uno ó en otro hemisferio de la vida que alcanzamos aquí abajo, en lo objetivo ó en lo subjetivo; y si tampoco lo hallara en lo objetivo ni en lo subjetivo de su vida terrestre; fuera al menos del ejercicio de la vida en los hemisferios que hoy habitamos limitadamente; y en el ejercicio de esa vida, imaginada con independencia total del hemisferio objetivo y más allá de nuestro horizonte subjetivo actual. Allí es donde se reflejan en última instancia la ley y su indefinido y perenne cumplimiento; en una atmósfera purísima, donde libre el espíritu humano de las cadenas de la carne y del mal, se hace cuanto debe ser hecho

en consonancia con el código inefable dictado por la divinidad á la conciencia.

C. CONSULTA AL SENTIDO EXTERNO

Después de relacionada la *función del pensamiento* con su símbolo geométrico, y luego con el *sentido común*, aun cabe otra relación, esta vez definitiva, con lo *sentido* exteriormente, con los datos que proporciona la experiencia externa, el mundo inorgánico dentro del cual vivimos y que figura como *antitipo* del viviente.

Recordemos ante todo lo que se aspira á simbolizar de los diversos modos geométricos, sentido íntimo y sentido externo.

Hecho el símbolo en papel blanco, cuanto en él se dibuja representa el hemisferio definido de que es centro el hombre, y más eminentemente el pensamiento, en un instante fugitivo de su función. El fondo blanco es lo indefinido é indefinible en absoluto que han llamado muchos filósofos *tabula rasa*. Los puntos negros simbolizan otros tantos sujetos, ó momentos fugitivos de un sujeto abstracto, en relación con lo objetivo. El color blanco del reverso del papel figura una *tesis* respecto de lo negro del anverso, y estas tesis y antítesis aparecen á un tiempo unidas y separadas por el cuerpo del papel, que insensiblemente pasa de blanco á negro y de negro á blanco.

De esta suerte los símbolos centrales son siempre de doble sentido dentro de su relativa unidad, representada por el cuerpo medio entre lo negro y lo blanco.

Una serie de puntos identificados entre sí de suerte análoga que el punto primitivo, hacen delante de lo blanco, líneas positivas, y vistas por detrás al través del papel puesto delante de la luz, líneas relativamente negativas. Las líneas multiplicadas y cruzándose entre sí hacen polígonos, reductibles todos á triángulos.

Estos polígonos llenan el imperio objetivo de lo no vivo, en oposición mancomunada con el fondo blanco, que los sostiene y rodea, y hasta penetra en ellos, pero siempre dentro de líneas determinadas ó fuera de *todas las líneas determinadas* (relación de lo absoluto con *todo lo relativo*).

En esta región positiva de lo objetivo y exterior se objetiva todo lo objetivable, resultando siempre un *todo finito* con exclusión de *lo infinito*, que se concibe como *imposible*.

Caben, pues, aquí funciones de cantidad (número y extensión de las líneas y las superficies); funciones de calidad (formas de estructura ajenas á la cantidad y á la extensión puras), y funciones de tiempo ó sea prácticas, que pongan en juego la fórmula teórica, y hagan

de lo negro blanco y viceversa, y de una forma sola otra forma serial de interminable número de formas y matices.

Entre estos cambios la síntesis y la análisis, reproducidas en serie más ó menos larga de extremos objetivos, podrán originar producciones de términos medios de carácter físico (exterioridad), químico (interioridad), ó eléctrico (uno y otro en conjunto y colectivamente).

A esta parte del esquema geométrico de triángulos diseminados en el papel, pero unidos entre sí, se refieren las ciencias matemáticas; las físicas, las químicas y las electrológicas.

Podrá parecer á alguno que con tal esquema triangular quedan satisfechas las necesidades del pensamiento; y efectivamente así parece que opinó Platón, y que opinan Kant y todos sus sucesores, formulando las *leyes á priori* de la razón por tesis, análisis y síntesis, con olvido de la antítesis, no menos legítima y atendible que la síntesis positiva. Mas este olvido de la antítesis es el olvido de lo indefinido, que impone límites, así al fondo blanco indefinido, teórico, como á todas las figuras trazadas en él.

Este que impone límites se halla en relación con *todos* los triángulos aglomerados, mas no con cada uno de ellos en particular, ó al menos hasta ahora no los hemos considerado desde este punto de vista.

Todos los triángulos llenaban el espacio por ellos ocupado; mas carecían de un centro común, que pusiera en comunicación directa á ambos hemisferios, el de lo negro y el de lo blanco, el de los fenómenos y el de lo infenomenal, ó sea de la ley común. Dado este punto central, debía darse con él una circunferencia correlativa en el hemisferio positivo ú objetivo, y otra en el hemisferio negativo ó subjetivo, y esto es lo que simboliza el círculo que rodea en el esquema todos los triángulos por un lado y una parte del fondo blanco por otro.

Desde este nuevo punto de vista en que ahora nos hallamos, las líneas no pueden ser rectas, tienen que atesorar una doble condición, que será ya la tercera que han sufrido desde su comienzo los elementos del esquema: hacerse, conservando su unidad, desde su punto de vista propio (sin dejar de ser líneas), líneas que varíen instantáneamente de dirección.

El punto inicial ya simbolizaba este ternario, el triángulo le representa por segunda vez; la curva le representará la tercera, siendo y no siendo, á un tiempo, idéntica á sí propia al fraguarse en el espacio.

Resalta, en fin, de cuenta el antagonismo más profundo entre la serie viviente, sentida ó significada esquemáticamente por curvas, y la serie experimental, puramente externa, representada por trilogías ó triángulos.

Pero se concilia semejante antagonismo, porque los extremos an-

tagonistas se reflejan mutuamente en dos sentidos exactamente paralelos, que demandan, como las paralelas geométricas, la solución posible para evitar el absurdo de caer en lo imposible: la *aproximación* perdurable á la *supresión del paralelismo*, asequible sólo en *mayor ó menor* grado, y nunca en *totalidad*.

La función del pensamiento es una función eléctrica, reflejada en forma ideal. La función eléctrica es la función del pensamiento reflejada en forma real. Análisis y síntesis ideales por una parte: unión y separación de cuerpos reales por otra.

La simple unión de dos cuerpos, con instantánea separación, produce á menudo en la Naturaleza, sin que sepamos sobre el cómo y el por qué, mas que aquello que ven nuestros ojos, oyen nuestros oídos y tocan nuestros tegumentos, y especialmente el de las manos, el de la boca y el de la nariz, todos los fenómenos y series fenomenales que llamamos físicos y químicos: movimiento mecánico, calor, luz, descomposición y composición atomística, cambios cualitativos de muy varias categorías.

De esta prodigiosa función fenomenal es asiento nuestro globo planetario, el cual, á su vez, la reproduce á mayor altura, ejercitándola entre él (movible), y el astro solar (relativamente fijo), como si obedeciera á la ley matemática, que *manda* á las dos líneas fija y abscisa, y á los cortes de dos conos opuestos entre sí, originar con relativa regularidad todas las curvas posibles en el mundo.

De este antagonismo de la tierra con el sol, de esta inmensa función eléctrica, brotan, sin duda alguna, el movimiento terrestre de atracción y repulsión: la calorificación y la iluminación mediante el sol.

Y no es esto sólo. Todavía el sol, como astro aparentemente fijo, comparte este privilegio con el indefinido número de astros que pueblan el firmamento visible y que pueden suponerse en el firmamento invisible.

A tanta y tan inmensurable *grandeza* se opone una *pequeñez*, no menos abrumadora ante el pensamiento humano. Tal es la de los supuestos *átomos*, que se escapan no sólo de las manos, sino de la vista, auxiliada por el más poderoso microscopio. Siempre el átomo se presenta y se conserva en cualquier profundidad en que se le persiga, ya convertido en polvo ímpalpable y suspenso en el aire; ya disuelto en el agua; ya aglomerado en sólidos que por pequeños que sean contienen dentro de sí una serie de unidades objetivas, no menor que la serie correlativa de pluralidades, que no acaba jamás por refundirse: ni en sólo astro movible, ni en un astro fijo, ni en un sistema superior comprensivo de todo lo posible.

Comprensivo de todo lo posible en una relación suprema hay sí

un sistema; pero no un sistema sólo del *máximo* y el *mínimo* á que nos hemos referido; sino un término medio; y estè término medio es ciertamente el hombre, y dentro del hombre la *función-tipo* de su pensamiento individual.

Entre la mole de la función eléctrico-astronómica, que para el hombre acaba en punta, y la mole posible de las menudencias íntimas inaccesibles como cuerpos, oficia el hombre, como encerrado entre dos conos opuestos por sus vértices, y como secante: circular en un sentido, parabólica en otro, y por último, hiperbólica.

¿Adónde le lleva la hipérbola? A lo indefinido en todas sus direcciones. El desiderátum de la hipérbola es un polo indefinido, enfrente de ese otro polo definido, que ofrece á los sentidos externos el gran polo experimental, representado como objeto; contrapuesto con sus inagotables números y medidas, y con su abrumadora pesadumbre, al impalpable, al invisible, al obstinado *oculto* á la comprensión intelectual, á ese yo *abstracto*, del cual nos asiste firmísima conciencia, sin que podamos darle asomo alguno de *consistencia*, como no *consista* en vuelos intelectuales, que aun para ser vuelos necesitan el símbolo de *volar*, que les da cuerpo correlativo con la obstinada negación corpórea del teórico pensante.

He aquí la gran polarización del pensamiento (saber é ignorar) que recuerda allá en lo alto, sin perjuicio de la incalculable distancia que las separa, la pequeña función eléctrica, utilizada por un hombre para facilitar el ejercicio de una campanilla mensajera de vulgares llamamientos.

¿Es esto confundir á un sér humano con un aparato eléctrico? Excusamos decir que no. El polo negativo de la electricidad terrestre es tan positivo como el otro. El de la función humana es obstinadamente negativo, es el que en la práctica *produce autónómicamente*, *crea* en la Naturaleza y *crea* en la ley de la conciencia humana.

D. RESUMEN GENERAL

Tarea larga y penosa parece á primera vista la que hemos impuesto al pensamiento en las líneas que preceden. Y lo es efectivamente en dos conceptos: primero por la tensión de espíritu que supone en el sujeto, obligado á atender á un tiempo á multitud de conceptos consonantes entre sí; y después por la innumerable falange de casos particulares á que ha de aplicarse en la práctica la doctrina sumaria que acabamos de exponer.

Sin embargo, en sus líneas generales todo se reduce á muy poca cosa, como el plano de una catedral puede reducirse á pocas líneas.

Todo se cifra en esta fórmula. «*Sentir* teóricamente el *Pensador*, cualquiera que sea, *su relación* con todas las cosas determinadas y determinables; y *hacer* además práctica la relación teórica, relacionándolo todo del mejor modo posible dentro de los límites del pensamiento humano».

El metro teórico de la construcción sistemática debe ser por tesis, antítesis, síntesis y antisíntesis; ó sea fenómeno, ley, función positiva, función negativa.

Medida así la relación teórico-práctica se la sigue *ejercitando* con sólo reproducir sus cuatro términos en serie indefinida.

El pensamiento (función de definir) se hallará siempre idéntico á sí propio mientras siga apareciendo como tesis *definida* y antítesis *indefinida* (polos teóricos); y como definido *eficiente* (función heteronómica), indefinido *coeficiente* (función autonómica).

Parécenos que todas estas explicaciones han de facilitar la comprensión del sentido filosófico que en nuestro diccionario atribuimos á las palabras en él contenidas.

Este sentido filosófico de las palabras es condición indispensable, para llegar al sentimiento y á la concepción del sistema á que se refieren. Una filosofía encaminada en algún sentido que le es peculiar, exige un nuevo aprendizaje de la lengua con cuyo auxilio se discurre. De otra manera, usando para aprender ideas nuevas ó renovadas, palabras que conserven su sentido antiguo, se hacen imposibles los conceptos nuevos y la difusión de las conquistas en el territorio del pensamiento.

Por de pronto, es indispensable que el neófito relativamente á una ciencia que se propone como nueva, se despoje de antiguas prevenciones; deje de prestar á las palabras un sentido absoluto y predeterminado, y aspire á comprender al autor de la doctrina.

Para contribuir á esta función, encomendada al que leyere, publicamos nuestro *Ensayo de un Diccionario filosófico*.

Insistiremos, por fin, en advertir que nuestro ensayo es incompleto. El pensamiento mismo que exponemos se nos ha ido revelando paso á paso, primero con bastante claridad en el conjunto; pero escasa respecto de puntos particulares; y el lado luminoso envuelto siempre en sombras correlativas.

En vano hemos procurado disipar estas sombras por completo, en la parte ya escrita de nuestra obra, revisándola porfiada y repetidamente. Cada vez que la revisamos, hallábamos en ella puntos débiles, que difíciles de comprender, carecían además de formas verbales y